



Facultad
de Ciencia Política
y Relaciones Internacionales

Universidad Nacional de Rosario

Por Valentina Cabruja

Categoría: Estudiantes y graduados recientes del nivel superior de educación

Las puertas de la Quinta cerradas: nunca más

Por dos años consecutivos, la Quinta de Funes volvió a ser espacio de reunión por la memoria de los desaparecidos que permanecieron secuestrados allí en la última dictadura cívico-militar. Pañuelos blancos, abrazos, reencuentros y una historia que puja vivir.

El 24 de marzo de 2025, un grupo de casi 100 ciudadanos de la pequeña ciudad de Funes, aldea a Rosario, volvió a marchar. Sí, volvió. Era la segunda vez en ocho años que podían ingresar a la Quinta luego de una marcha. La anterior había sido un año antes, en 2024, pero los años anteriores, la Quinta había permanecido cerrada.

Decidieron ir por la mañana, para que quien quisiera marchar por la tarde en Rosario pudiese hacerlo. Cada 24 de marzo es un día movilizante para muchos que sienten el imperativo ético de estar presentes en la multitudinaria marcha de la gran ciudad. Sin embargo, incluso con el clima lluvioso del día, los funenses se hicieron eco de la deuda pendiente con la Quinta de Funes, ex centro clandestino de detención y tortura.

Se reunieron aquel día en la Plaza San José. Pocos tenían botas impermeables y ropa adecuada: la lluvia fue imprevista. Algunos paraguas acompañaron una larga caminata hasta la Quinta. Los pies de todos se mojaron mucho, nadie renunció. Fue un evento casi de película: algunos tomaban mate, otros lo compartían, muchos más se encontraban con amigos y una pequeña multitud de niños caminaba por la ruta, hacia la gran casa. Al llegar, el portón estaba abierto: inimaginado dos años atrás.

Como la lluvia no cesaba, el galpón tinglado ubicado detrás de la casona estaba listo para recibir a todos los ciudadanos. Quienes llegaron se sacaron los pilotines, cerraron los paraguas, acercaron sillas de plástico y se sentaron en un semicírculo. Había autoridades de la ciudad presentes y muchos de los ciudadanos sostenían carteles con la leyenda "Nunca Más". Además, una gran pancarta que habían llevado varios militantes de la Mesa Promotora Quinta de Funes mientras caminaban, se desplegó al frente del galpón, delante de los pies de los niños. La emoción se delataba en el rostro de cada uno: la visión de toda esa gente reunida en un lugar que había permanecido vacío y olvidado tanto tiempo, impactó a los presentes.

Ofrecieron un micrófono en medio de la convocatoria, para quien quisiera decir unas palabras sobre lo vivido. Algunos valientes comentaron, el resto asentía, aplaudía, escuchaba.

Los presentes, en su mayoría, vestían remeras impresas con serigrafía que se habían realizado el año anterior con motivo del 24M como una manera de identificar el encuentro. La ilustración era un pañuelo blanco con la frase “Memoria sí: pañuelos hoy y siempre en todo el país”.

Dos años atrás una denuncia latente y oculta observaba un puñado de afiches en el ingreso de la Quinta, en la calle: sólo 15 triángulos blancos de papel pegados en un poste de luz sobrevivieron los años de olvido. Simulaban pañuelos de lucha por la Memoria, la Verdad, y la Justicia. La Quinta de Funes estuvo abandonada por todos. Allí habían torturado gente alguna vez, personas que vivieron secuestradas en una casa que no se ve desde afuera. La puerta estaba cerrada siempre, y nadie nunca pedía entrar. Esos 15 afiches que se estaban deshaciendo, en 2025 finalmente habían logrado entrar a ese galpón: se multiplicaron en las prendas de la mayoría de los adultos, y de muchos de sus hijos. El dibujo del pañuelo cerca de los corazones de todos.

La concentración posterior a la marcha no fue sólo un momento silencioso de reflexión: la murga Ojo al piojo hacía ruido. ¿Quién lo hubiera dicho algunos años atrás? La Quinta llena de niños, cultura, música, memoria. Vida. La murga era ruidosa, era colorida, afinaban canciones de protesta contra los gobiernos nacional y provincial actuales, recorrían la historia argentina en canciones y personificaban figuras de nuestro presente político. En el momento de cantar la última canción se mezclaron con el público en una muchedumbre donde se confundieron los artistas con los ciudadanos. Después, los parlantes se apagaron. El público dejó de serlo. Las almas ahí reunidas se miraron, se levantaron de sus asientos, se buscaron. Conocidos con desconocidos, padres con hijos, amigos, compañeros de H.I.J.O.S, todos los presentes se abrazaron con lágrimas en los ojos y remeras de Abuelas que se unían en una sola. Un abrazo colectivo e íntimo.

La casa “Quinta de Funes” fue expropiada por la provincia de Santa Fe en 2016. El año 2017 fue el primero habilitado para que el pueblo ingresara. Aquel año convocaron a las escuelas primarias y se realizaron propuestas artísticas. Sin embargo, en los años posteriores el reclamo perdió fuerza y no fue posible el ingreso al espacio. Había alguna que otra reunión de concejales con el intendente, o periodistas que le hacían fotos denunciando el abandono. Lo que se sabía con certeza era que había un mínimo mantenimiento del parque: un jardinero cortaba el césped.

Funes es una ciudad hace casi 35 años. Tan cerca de Rosario y con muchísimos menos habitantes, pueblo al fin, pareció ser un lugar estratégico y oculto para realizar acciones ilegales que en dictadura se nombraron como excesos, según el gobierno militar de facto. Allí se cometieron crímenes de lesa humanidad a veintidós personas. Cada una de esas veintidós personas tenía familias, aspiraciones, sueños. Siguen presentes en la memoria colectiva. Son Edgar Tulio Valenzuela, Raquel Carolina Ángela Negro, Ana María Gurmendi, Miguel Ángel Tossetti, Eduardo José Toniolli, María Adela Reyna, Héctor Pedro Retamar, Mario Alberto Ramos, Rosa Elsa Ramírez, Jorge Horacio Novillo, Héctor Arnoldo Larrosa, Carlos Rodolfo Juan Laluf, Stella Maris Hildbrand, Jesús José García, María Juana Castelini, Oscar Daniel Capella, Graciela María Busaniche, Marta María Benassi, Alberto Barber, Clara Ruth Argento, Abel Eduardo Argento y Fernando Félix Agüero.

Dos años atrás los jóvenes que habían permanecido secuestrados en la Quinta estaban cayendo en el olvido. No se hablaba sobre quiénes habían sido ni qué era ese extraño lugar ubicado a la vera de la Ruta 9. Pasear y observar la Quinta de Funes es, aún, un hecho atípico. Nadie lo hace. Tampoco interesa si alguien se acerca: para todos, descontando al puñado de casi 100 personas que asisten a las marchas, es un sitio como cualquier otro, y nadie mira. Por eso fue sorpresivo cuando, una tarde de llovizna de 2023, llegó un hombre vistiendo un

pilotín. Negro, largo, exagerado: solo caían unas pocas gotas. El hombre del piloto caminó hasta el portón de madera. Aunque todo en el lugar parecía decir “No entres, no se puede”, él puso su cuerpo en paralelo a las maderas que dividían el terreno. Parecía hacer un gran esfuerzo, pero el portón deslizó fácilmente. Era una abertura de 50 centímetros que, quizá, era ilegal.

Una ironía: ese espacio ya no estaba escondiendo secuestros y torturas. De hecho, la cerradura estaba rota. O quizás la había dejado el jardinero sin llave. El pasto estaba larguísimo, verde, crecido, salvaje. “Huele a abandono”, reprochó el hombre del piloto. Y sí. Se observaba, se olía, hasta se escuchaba el abandono. ¿Qué jardinero dejaba la puerta abierta y además no cortaba el pasto? Aquel hombre de negro pisó con una de sus zapatillas el suelo de la Quinta. No se animó a más. Luego se alejó, cerró el portón, negó con la cabeza y se fue caminando. Nadie vio aquella situación.

El 24 de marzo de 2025, con una lluvia violenta, mayor cantidad de gente y un enojo colectivo, el ingreso al terreno fue solemne, histórico. El ex centro parecía recibirnos: el pasto cortado y algunas banderas que ya habían sido colocadas lo demostraban.

Los sábados a la mañana se suelen abrir las puertas de la Quinta con una propuesta concreta: revivir el sitio. Se cortan pastizales, se limpia, se hacen rondas para tomar mates y habitar el espacio colectivamente. La mesa promotora Quinta de Funes, un grupo autoconvocado de funenses que percibieron el abandono del ex centro clandestino de detención y tortura, además de habitar el sitio presentó demandas públicas: que se vuelva a cortar el pasto y que se proyecten películas y documentales con una temática acorde, proyectos que hasta ahora se realizan sostenidamente. Quizá todos ellos, individualmente, observaban el constante deterioro de la Quinta.

No fue sorpresa que con la asunción del gobierno de Javier Milei renaciera una demanda colectiva: el presidente habló de la dictadura como “una guerra en la que las fuerzas del Estado cometieron excesos”. Su vicepresidenta, Victoria Villarruel, es también negacionista de la historia argentina, de los 30 mil detenidos desaparecidos, y de la última dictadura cívico-militar.

De todos modos, ya antes de la asunción de Javier Milei, en 2016, se conformó Pueblada por la Identidad, un grupo de funenses que militaban por la búsqueda de las nietas y nietos desaparecidos. Organizaban actividades para dar a conocer la existencia de la Quinta. Aquella forma de resistencia activa renació como protesta tras el cambio de gobierno: se autoconvocaron los militantes, muchos de Pueblada, muchos nuevos, durante 2024, los martes a la noche. Tuvieron reuniones semanales, conformaron grupos de trabajo por la recuperación del ex centro clandestino y poco a poco, lograron que se les fuera dando lugar en Funes para realizar tareas colectivas en la Quinta.

A pesar de los avances para revitalizar el espacio, sigue sin parecerse a otros sitios de memoria expropiados en democracia. Muchos tienen directores, proyectos, mantenimiento constante, público y estudiantes que se acercan a conocer la historia de lo que sucedió durante los años en dictadura. Este no es el caso. Aún sigue siendo una casona vieja y mal conservada, que hasta hace dos años se encontraba en completo abandono, y ahora se ha recuperado pero solo de forma parcial. Es la comunidad la que participa e ingresa a la Quinta, no el Estado municipal y mucho menos el provincial.

Mauro Miguez es un ciudadano activo políticamente, fue concejal de la ciudad en 2023, un año de total abandono para la Quinta. El ex edil reconocía la problemática que abrazaba varios sitios de memoria, desde los anteriores gobiernos nacional y provincial. En una entrevista en 2023 explicó que el espacio pertenece a la administración provincial, a la jurisdicción de lo que hoy es la Subsecretaría de Derechos Humanos. Contó que en los cuatro años en que gobernó Omar Perotti la provincia, no hubo políticas provinciales para el mantenimiento de este espacio. Incluso, añadió: “No solo para el mantenimiento, sino para

darle contenido al espacio, también. Pero no es un caso aislado: en realidad casi todos los espacios de memoria, de derechos humanos de la provincia, han quedado prácticamente sin financiamiento”.

Miguez compara el caso de la Quinta con la Calamita, ex centro clandestino de detención ubicado en la localidad de Granadero Baigorria, límite norte de la ciudad de Rosario. Ambos se expropiaron en paralelo, y el proyecto de la Calamita quedó “claramente paralizado”. Mauro observó que el abandono de la Quinta de Funes databa de años y lamentó que no haya sido observado antes, en un gobierno provincial que parecía caracterizarse por la defensa de los derechos humanos y la práctica de la memoria activa con respecto a los desaparecidos en la última dictadura. Tarde o temprano, el reclamo llegó.

En el pasado más lejano, en 2017, a meses de su expropiación, el ex centro clandestino Quinta de Funes parecía tener un futuro activo como centro de memoria preservado. Año tras año, las instituciones que debían encargarse de mantenerlo y de crear en su interior un espacio destinado a la educación, como lo dictaban varios proyectos presentados, dejaron de otorgar presupuesto y darle atención al sitio. Ya no se abría ni para las marchas. Miguez advirtió: “Volvió a ser invisible. Y me parece que el trabajo, que en su momento hizo la Pueblada, que se hizo con las marchas multipartidarias, el trabajo que se hicieron con un montón de organizaciones, hay que retomarlo, pero hay que hablarle a las nuevas generaciones. Eso es vital en el retomar del proyecto”.

Hoy, bajo la amenaza de un gobierno nacional de ultraderecha, años después pero sucediendo al fin, es el pueblo quien despertó.

Milena Romano militó en Pueblada por la Identidad en 2016, el año de las primeras movilizaciones para ingresar a la Quinta. Explicó que en 2014 se creó una ordenanza en el Concejo Municipal donde “se pide la expropiación” con el objetivo de utilizar el espacio que había sido un centro clandestino de detención, para reutilizarlo ahora, creando espacios culturales y un centro educativo. Contó que se lo planificó con el nombre de Ana María Gurmendi, que fue “la desaparecida de Funes que pasó por la Quinta”. Ese proyecto nunca se realizó.

A pesar del abandono activo de la Quinta de Funes, el lugar parece lleno de vida: la naturaleza lo invade en cada rincón. La entrada tiene mucho para observar. El portón de madera es lo primero. Un portón grande, viejo, que encerró personas en la clandestinidad y este año se abrió para dar lugar a la memoria. Lo abraza una enredadera que cubre todo el borde de enrejado. Esas plantas se mantienen vivas por sí mismas. Las rejas están viejas, agujereadas por debajo, destruidas. Quien no las observa con detenimiento no lo nota: se las habían comido las plantas.

Hay tres carteles en la vereda de la Quinta. El primero, ilegible desde lejos, data de 2016 y nombra a la Quinta de Funes como sitio de memoria preservado. Tiene una foto de la casa, aquella que desde afuera es imposible de ver. Pero también hay dos grandes murales, hechos con mosaicos pequeños, intervenidos por niños hace algunos años, pegados uno al lado del otro. Coloridos, rugosos, viejos, inmortales. Por alguna razón nada de lo que hay allí está muerto. Los azulejos de colores, rotos, mezclados y reordenados forman la imagen de una abuela de gran corazón, con un pañuelo blanco alrededor de la cabeza. En el otro, una gran huella dactilar ocupa la mayor parte del espacio y une con un hilo de mosaiquitos a una abuela y su nieto.

Quien recuerda los carteles es Milena: “En principio la idea también era construir unos murales... esos murales que están ahora en la puerta”. Explicó que fueron “la llave de entrada” para abrir las puertas de la Quinta en 2017. “No podíamos estar en la ruta, porque la Quinta de Funes queda justo sobre la Ruta Nacional 9 y es peligroso. Entonces, como excusa para poder construir colectivamente esos murales fue que pedimos que nos dejen entrar. Y lo conseguimos”, dice sonriendo.

Como el relato mismo demuestra, la Quinta no pudo permanecer abierta desde su expropiación. El Estado rápidamente se desentendió y no continuó ningún proyecto allí. El pueblo suele ser el indicador social que, cuando se organiza, comprueba que es un sitio que debe ser abierto para la comunidad.

El año bisagra fue 2024. El primero luego de la pandemia en que la gente habitó la Quinta. El clima aquel año sí acompañó: un sol cálido permitió que la Quinta pudiera ser caminada más libremente que en 2025. Muchos jóvenes la pisaron por primera vez. Clavaron en la tierra pequeños pañuelos de papel pintados a mano. Recorrieron la casona, con cuidado, porque había vidrios en el piso. Es una casa vieja, está siempre sucia y deshabitada. No tiene puertas ni ventanas, solo los agujeros sin vidrio por los que la gente ingresó aquel día en silencio, atenta, con respeto.

También hay una casa más pequeña. Dicen que ahí vivía el comando militar. A lo lejos, atravesando el parque, hay una pileta. Los niños se acercaron custodiados por sus padres, por si acaso. Nada en la Quinta regala seguridad, mucho menos su historia. Detrás de la pileta hay un vestuario muy pequeño. Tiene dos ventanitas por donde apenas ingresa la luz. Algunos visitantes entraron pero no se podía más que de a uno: es verdaderamente estrecho. La sorpresa llegó cuando alguien en el recorrido comentó que ahí dentro habían permanecido algunos de los secuestrados. Aislados, ajustados, privados de toda libertad. La pileta está a tan solo unos metros. Es grande y muy hermosa. Ellos, los hombres y mujeres torturados, tan cerca, tan inútil. Los visitantes de aquel año se lamentaban, seguían caminando, se daban vuelta, susurraban: milicos inhumanos, monstruos, monstruos, monstruos.

Funes es una ciudad chica, la mayoría ya se conocía antes de ambas marchas y sabían que se iban a reencontrar por las calles luego del 24. Quizá no fuera el tema de conversación constante, mucho menos el objetivo principal de discusión de los medios de comunicación locales. Pero luego de marchar hubo una promesa, un compromiso: no se cerrarán las puertas de la Quinta de Funes, ex centro clandestino de detención y tortura, nunca más.